

COLECCIÓN HISPANIOLA, 16

PENSAR EN ESPAÑA

© De los textos, Manuel Hidalgo
© De la portada, Daniel Hidalgo
© Del prólogo, Iñaki Gabilondo

© Confluencias, 2018
www.editorialconfluencias.com

Maquetación y portada: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Álvarez
Corrección ortotipográfica: José Miguel Parra

Impreso en España

ISBN: 978-84-948202-4-3
Depósito Legal: AL 749-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

MANUEL HIDALGO

PENSAR
EN ESPAÑA

Prólogo de
IÑAKI GABILONDO



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	17
Fernando Savater	21
Javier Gomá	33
Carmen Iglesias	45
Javier Marías	57
Aurelio Arteta	69
José Álvarez Junco	81
César Antonio Molina	93
Juan Pablo Fusi	105
José Antonio Marina	117
Luis Alberto de Cuenca	129

Manuel Gutiérrez Aragón	141
Jorge de Esteban	153
Juan Mayorga	165
Ian Gibson	177
Antonio Muñoz Molina	189
Jon Juaristi	201

PRÓLOGO

Como la libertad de expresión se practica mucho más que la libertad de pensamiento, vivimos sepultados en palabras de poca sustancia y escaso aprovechamiento.

Manuel Hidalgo, que es hombre templado y con tendencia al equilibrio, se propuso el interesante ejercicio de compensación de ofrecer las reflexiones de un cualificadísimo grupo de intelectuales. Dieciséis intelectuales, dieciséis entrevistas. Me sorprendería que el número fuera una casualidad; más me suena a homenaje o pellizco biográfico emocional, en recuerdo a *Cambio 16* y *Diario 16*. Y si «non è vero», podría ser no mal «trovato».

Son reflexiones generales con una línea de fondo como bajo continuo: España. El resultado lo administró Hidalgo en dosis prudentes, una entrega al mes en el diario *El Mundo*, consciente de que el verbo «pensar» tiene en nuestro país propiedades antimagnéticas, aunque las neutralice el concepto España, que es algo que nos

obsesiona hasta extremos que nunca aciertan a entender quienes no son españoles.

Ahora, recogidas en un libro, estas dieciséis conversaciones, entrevistas y reflexiones se nos muestran tan refrescadas por la actualidad que parecen estar iluminando todos los rincones de lo que nos está perturbando en este tiempo de desconcierto.

España es nuestro tema de enfrentamiento más persistente. No sé si porque hemos tenido muchos conflictos civiles o los hemos tenido por eso. Pero sería interesante calcular cuánto tiempo dedicamos a preguntarnos qué somos, qué sentimos al respecto y de dónde venimos. Y no me refiero a las discusiones académicas entre especialistas. Puede llegar a ser tema de sobremesa. Pedir a un vasco que cuadre en porcentaje su sentimiento español es casi una rutina de las encuestas políticas.

Incluso nos encantan las expediciones espeleológicas al fondo mismo de nuestras esencias y de nuestra historia para descubrir el primer vagido, la semilla de la identidad nacional.

El hecho es que no conseguimos resolver gran cosa. Todavía las respuestas respecto a lo que somos se mueven en una horquilla que va desde la unidad de España como bien moral hasta la nación de naciones. En un campo de juego de semejante anchura caben todas las controversias, de mayúsculas y de minúsculas, de brocha gorda y de trazo fino, a granel o con muchos decimales. Lo cual asegura la variedad y exuberancia de los debates.

Lo malo de este asunto es que está elaborado con materiales que, molidos sin las debidas precauciones en el mortero de la vida pública y política, actúan como el salitre, el azufre y el carbón: se convierten en pólvora.

Manuel Hidalgo propone estas cuestiones en el marco que merecen y en el tono adecuado para que podamos oír pensar. Son conversaciones rodeadas de libros, de miles de libros, que parecen haber tenido lugar a la hora del crepúsculo, o algo así. Los entrevistados —sólo hay una mujer— son en su mayoría setentones. Todos exhiben un escepticismo templado, que no se ha avinagrado en cinismo. El franquismo los acompañó hasta la treintena, abrazaron con gran convicción la democracia y, matices aparte, creen que la Transición constituyó un paso de enorme importancia. Muchos de ellos participaron más o menos cerca en la acción política. Ahora se percibe en ellos una decepción doble: la primera, por la malversación de aquellos valores colectivos y los errores en las actuaciones públicas. Y la segunda, mayor que la anterior, por la insensibilidad de algunos jóvenes con responsabilidades políticas ante el significado histórico de estas cuatro décadas de democracia injustamente valoradas a juicio de Javier Marías.

Pensar en España, pensar sobre España, confirma que llevamos la controversia puesta. Y que necesitaremos de la voluntad para acordar y consensuar porque las discrepancias se imponen a las evidencias, que cada uno tiene las suyas. En este libro lo volverán a comprobar.

Desde el mismísimo qué somos, en el que Jon Juaristi nos recuerda la tesis de Unamuno, de esa intrahistoria que nos une a todos los españoles como un zócalo desde tiempo inmemorial, o la Reconquista como el primer gran mojón de nuestra unidad nacional, hasta Álvarez Junco, que considera a España como un invento reciente, fruto de un largo proceso contingente y aleatorio.

Manuel Hidalgo dialoga con todos y, de resultados, todos terminan dialogando entre sí y enriqueciendo el debate

con algo tan infrecuente entre nosotros como los matices y con aportaciones esclarecedoras.

Así, al lamento de Javier Gomá por las expulsiones de moros y judíos tras la conquista de Granada —lo que en su opinión pone de manifiesto nuestro fanatismo—, Carmen Iglesias opone el dato histórico y documentado. Era el mal del tiempo. Erasmo rechazó una invitación del cardenal Cisneros porque en España había demasiados moros y judíos. «Non placet Hispania.» Lo dejó escrito en una carta a su amigo Tomás Moro.

Pero abundan las coincidencias. Y, de entre todas ellas, con rango de unanimidad, el acuerdo en la identificación de dos que se consideran enfermedades malignas. Una de larga data, los curas. La otra, más reciente, los nacionalismos.

Seguramente porque nos abrazamos a la Contrarreforma perdimos la oportunidad de abandonar el analfabetismo. Los reformistas tenían que aprender a leer para poder interpretar la Biblia. A nosotros nos interpretaban las Escrituras los curas. Fernando Savater piensa que ellos incentivaron la miopía localista y los atrasos.

Al leerlo recordaba la gran cuestión que tanto intrigaba al famoso historiador británico Joseph Needham. ¿Por qué —se preguntaba— se estancó el desarrollo tecnológico en China, cuando ese país había inventado algunas de las lanzaderas más importantes de la Historia como la aguja magnética, la pólvora, el papel o la impresión? ¿Por qué fue superada desde el Renacimiento por Europa? Los expertos llevan décadas reflexionando al respecto, pero están de acuerdo en que tuvo mucho que ver con los límites de la creatividad. El confucianismo imponía una ortodoxia y unos códigos tradicionales

mientras que Europa liberaba el individualismo y rompía los márgenes.

Algo así nos pasó en España, una nación con gran puntería para perder los trenes decisivos: la revolución de las Luces, la revolución industrial y el impulso secular y laico (Álvarez Junco). Y, tal vez por eso, siempre tuvieron algo de extranjeros, por muy españoles que fueran, los ilustrados, librepensadores y heterodoxos de toda laya, a todos los cuales retrató Goya en el rostro ausente de Jovellanos. Y, tal vez también por eso, nuestras disputas políticas se parecen más a las teológicas, abarrotadas de conceptos sagrados, colgados de las nubes.

Como los dieciséis invitados de Manuel Hidalgo son de la estirpe de los librepensadores, Manuel Azaña es citado como una referencia constante, como el hombre que se empeñó en secularizar la vida pública —tarea que aún no hemos logrado consumir por completo— y también como el ejemplo perfecto de la esperanza desengañada. En muchos campos. Y de manera muy destacada en el que, como ha quedado dicho, los entrevistados consideran una enfermedad maligna: el nacionalismo. Las ideas que Azaña defendió en su celeberrimo debate parlamentario con Ortega sobre Cataluña, en 1932, y su posterior desencanto, constituyen un monumento sobre el tema.

En el libro de Manuel Hidalgo encontrarán ustedes un amplio surtido de puntos de vista, de muchísimo interés todos ellos, aunque en una línea cromática similar. Juan Pablo Fusi es el que se detiene de forma más específica en esta materia, y en el resbaladizo ámbito de las patrias y los patriotismos, las banderas y las adulteraciones históricas. Y en la dificultad de racionalizar esa «intimidad afectiva de los pueblos», que decía Ortega.

El hecho es que España sigue invertebrada. El Estado de las Autonomías intentó vertebrarla, con un resultado sobre el que hay división de opiniones, aunque ninguno ignora los márgenes de maniobra que brindaban las circunstancias. Es un lujo contar con el testimonio de Jorge de Esteban, que estuvo muy cerca de las cocinas y cuenta cosas muy interesantes sobre lo que algunos hubieran deseado diseñar. Un federalismo asimétrico que se quedó en el limbo, donde sin duda va a permanecer por mucho tiempo. Si hace tres o cuatro años esa posibilidad asomaba la punta de la nariz, los delirios del *proceso* la han devuelto a los espacios siderales.

¿Nuestro futuro? Depende de nuestra capacidad de superar vicios de comportamiento que nos lastran. Se citan nuestra escasa conciencia sobre el valor de las leyes, la nunca resuelta separación de poderes y una tendencia incontrolada al derrotismo, que a veces salta al extremo contrario, el triunfalismo, en ráfagas pasionales. Se diría que, si no podemos ser los primeros, los españoles sólo nos conformamos con ser los últimos.

Estas y otras deformaciones no proceden de un carácter predeterminado para la inestabilidad, sino de nuestro desastre más persistente, el fracaso educativo, en el que perseveramos con contumacia. Ahora, por ejemplo, rizando el rizo de descuidar a la vez la ciencia, la investigación y las humanidades.

¿Qué necesitamos?, pregunta Manuel Hidalgo. Y le llueven respuestas muy variadas, desde un buen bachillerato (Savater) hasta una inyección de puritanismo protestante, que es más ético porque no hay confesión ni perdón (Ian Gibson). O acaso un sueño, que para Luis Alberto de Cuenca podría ser el iberismo. En Portugal se considera. ¿Por qué aquí no?

Por encima de todo, necesitamos un proyecto nacional. Siempre que aparece, crecemos. Sin él nos enredamos en chalaneos, la versión enfermiza de la negociación.

Y, aunque casi ninguno acepta la existencia de un carácter genuinamente español, terminan por aceptar el disparo corto de la encuesta y por reconocer algunos de nuestros rasgos más tópicos. No hay sorpresas en la designación de nuestros grandes nombres históricos, con Velázquez, Goya y Cervantes en el podio. Pero sí al elegir el libro que nos representa. Porque si bien el *Quijote* gana por goleada, Jon Juaristi cuela también una obra del siglo VIII: el *Comentario al Apocalipsis*, de Beato de Liébana, que se copió en todos los reinos cristianos y dio a nuestra personalidad, dice, sus señas apocalípticas y patéticas.

No es, sin embargo, el pesimismo el que se impone. Hasta los puntos de vista más severos aparecen envueltos en algo que, si nos atreviéramos a usar palabras proscritas por la moda de lo políticamente correcto, definiríamos como amor a España.

Hay que alejarse para valorarla. Antonio Muñoz Molina, que hace cinco años escribió el libro más demoleedor sobre la devaluación de nuestra democracia (*Todo lo que era sólido*), es quien expresa más abiertamente lo mucho que tenemos de bueno. Desde Nueva York se ve con más claridad. Ya se sabe: hace más ruido el árbol que cae que el bosque que crece.

Pensar en España es una obra que se lee fácil, pero que necesita una digestión lenta. Cada entrevistado deposita mensajes de mucho contenido que el arte del entrevistador calza con gran fluidez.

A fin de cuentas, Manuel Hidalgo, periodista y escritor, es de la familia intelectual de sus invitados, librepensador y elegantemente heterodoxo. Si añadimos que está metafísicamente incapacitado para la exageración y que trae de fábrica el sentido común más macizo que se conoce —el navarro—, se explica que un trabajo que tiene por argumento un material tan inflamable como España respire mesura y ponderación.

Pensándolo bien, España no está tan mal.

IÑAKI GABILONDO

Madrid, abril del 2018